

entreteniendo las tardes ejerciendo de “mirador” entre partida y partida, de tus, julepe o mus y, de cuando en cuando, distrayendo un café, una copa o un botellín.

Todo en Atienza, a pesar de los calores, menos sofocantes de los que ahora inundan las tardes de paseo, parecía girar en torno al tema de la película. Y desde las eras, mientras las yuntas de mulas giraban una y otra vez en torno a las parvas de mies, se miraba hacía el castillo, como si ya, sobre él, todos viésemos el nuevo Hollywood en el que esperábamos que Atienza se convirtiese. Y es que casi todo el mundo araba, trillaba y acarreaaba con mulas, salvo muy escasas excepciones. Los Melitones lo hacían con bueyes o vacas, y causaba admiración en los chiquillos ver uncidos a un carro a una yunta de vacas.

La maquinaria agrícola moderna todavía estaba iniciando los primeros pasos del modernismo en Atienza. Se segaba a mano, se acarreaaba a lomos de mula y se continuaba trillando con trillo. Claro que cuando los Luquillas aparecieron en Atienza con su tractor anaranjado, y antes con su aventadora, y después con aquella trilladora inmensa que parecía la locomotora de un tren de mercancías, todos pensamos, siguiendo la idea de los mayores, que el mundo comenzaba a volverse del revés. Lo cierto era que la enorme trilladora de los Luquillas, enganchada a su tractor, era capaz de comerse todas las hacinas de las eras en un santiamén, y eso era todo un avance. Espectacular. Aunque el tamo de la cebada continuase picando lo mismo con máquina que sin máquina.

El rún rún de la trilladora del tío Luquillas recorría las eras de punta a punta, y todavía giraba para tomar el paseo de la Alameda y entrar en Atienza doblando por la casa del tío Cayo para entrar en la calle Real. Porque aunque la casa del tío Cayo la habían derribado, por aquello de dar más visibilidad a la carretera, o algo así, el solar se continuaba llamando “la casa del tío Cayo”, hasta que sobre la pared medianera instalaron los azulejos azulados de “Telefunken”, bajo la mirada severa del señor Félix Pérez, “Almacenes Robisco”, que anunciaba que, hasta Atienza, llegaban los modernos aparatos de radio y televisión, adquiribles en su almacén, lo más parecido a cualquier gran centro comercial que en cincuenta kilómetros a la redonda se podía encontrar.

Si alguien, por aquellos día del mes de agosto de 1969, en Atienza, se encontraba dichoso y presumiendo de lo había y de lo que vendría, ese era el tío Pedro, el Luquillas. Su máquina trilladora, como antes lo hizo la aventadora, había revolucionado la mecánica agrícola de Atienza. Los otros eran los mozos, que por los Argollones, por el barranco Pajillas y, de casa en casa, andaban como locos buscando los viejos cueros de vino, ya inútiles; las botas y los botillos inservibles para, la noche de San Roque, iniciar esa tradicional procesión, mitad lúdica mitad religiosa que, desde las mismas puertas del hospital de Santa Ana, hasta las mismas puertas de la capilla del Santo en la calle de Cervantes, los llevaría, viaje de ida y viaje de vuelta, mientras el fuego de los cueros permaneciese, procesionando calle Real arriba, calle Real abajo, atizando las lumbreras encendidas en San Gil, frente al Ayuntamiento o en la Zapatería, donde el sonido de la gramola, con aires de pasodoble, anunciaba que Atienza, esa noche, estaba de fiesta. Y había motivos para estarlo, porque era tanto lo que se esperaba a partir de septiembre que....